

# Versaciones de un chupaplumas

## Considerar cuál pudiera ser

[1]



la actitud de mi amigo (su reacción, quiero en realidad decir y lo que, también en realidad, era **lo que verdaderamente me importaba**) y, por extensión o de rechazo, la de la mendiga del agua o las de la psicoterapeuta y de su novio polaco o, infinitamente más difíciles de solucionar<sup>1</sup>, las de los niños, tan rebeldes como suelen ser los niños, o las de Manolita o Indalecio o, más complicado si cabe, la de mi



tía, que se pondría hecha un verdadero basilisco en cuanto se enterase de que , sintiéndolo mucho, su capitán no entraba en nuestro... digamos “proyecto”.

– Decidlo como queráis — mi madre, corrosiva y mordaz —, pero ya me contarás que vais a hacer entonces con los volovanes.

– Me los llevaré — contesté — y nos los comeremos celebrando la jubilación de Robles.

<sup>1</sup> Aunque eso no quise mencionarlo de momento para que no me echase en cara mi negativa — tan reciente como estaba la discusión en cuyo fondo latía (en sentido figurado y siendo, desde luego, sumamente observador quien se percatase del latido) el asunto del pingüino enmascarado (porque hay que reconocer que enmascarado) tras el bacalao que, aunque hubiese sido salmón noruego, todavía le estaría quedando lejos — a desplazarnos a las tierras altas de Escocia para cometer un asesinato que ya, con la que se nos avecinaba y mejor no pensarlo...

–Eso — dijo mi madre, tan castradora siempre —, tú no pienses en las oportunidades que le estaría abriendo a tu futuro profesional el cometer, total tan lejos y donde nadie te conoce, un asesinato de alguien, que como encima ni conoces, ¿quién podría sospechar de ti? Pero tú no lo pienses; tú no lo pienses porque, que a quién habrás salido, nunca fuiste capaz de pensar algo práctico.

Así que, y aunque sigo pensando que lo mejor sería no pensarlo, a lo mejor me decido a pensarlo, aunque tan solo sea por llevarle la contraria. Que me tiene muy harto.

# Versaciones de un chupaplumas

Considerar cuál pudiera ser

[2]

– ¿Y ese quién es?

– Un compañero del ministerio.

– ¿Qué ministerio?

A lo mejor ya lo he dicho y ser reiterativo va a ser poco literario; pero necesito desfogarme... ¡¡¡Me saca de quicio!!!

Y, Lola, que estaba dando baldosinín — me dijo — a los azulejos del baño y vino asustada, que por qué gritaba de ese modo.

– Por nada, Lola, no se preocupe; es que estoy en pleno proceso creativo y me apasiono mucho.

– ya veo — dijo.

Y, alejándose pasillo adelante, que ya le daría detalles o, mejor, lo imprimiese y lo dejara donde siempre, que ya lo leería ella cuando acabase con lo que tenía entre manos.

– Donde siempre — respondí, levantando la voz — es muy aburrido, ya lo sabe.

– Y usted debería saber — levantándola ella más, porque pasaba una ambulancia — que he querido decir en cualquier parte.

Pero que si era en el cajón de la mesa escritorio me acordara de no esconder la llave que “luego — dijo — me vuelvo loca y pierdo además mucho tiempo”.

Y la ambulancia dejó de sonar, y volví a quedarme solo con mis pensamientos.